

Terapia



Delfines terapéuticos. Ambas imágenes corresponden al pequeño Manuel, un niño de nueve años, autista hiperactivo que está aprendiendo a hablar. El sonido que emiten los delfines tiene poderes curativos y telepáticos. La madre del chaval afirma que desde que su hijo sigue este tratamiento "obedece cuando le llamas, se viste solo y está más relajado".

este método, bautizado con el nombre de su descubridor, Votja, se fortifican las piernas.

Una negligencia médica mientras operaban a Marta, tras sufrir un accidente de moto a los dieciocho años, la dejó inválida. "Era una chica muy alegre, pero ahora nada la hace feliz, ni las bromas cariñosas de sus hermanos. Su carácter ha cambiado totalmente", comenta su madre, Pilar González. Su equilibrio ha mejorado gracias a la hipoterapia. "Lo hemos probado todo; por casa han llegado a pasar hasta cincuenta especialistas, pero hemos comprobado claramente la mejora de su equilibrio a

lomos del caballo", asegura Pilar.

La hipoterapia, técnica de rehabilitación que utiliza el movimiento del caballo, no excluye otros tratamientos, según la especialista en Medicina de la Educación Física y el Deporte, Concepción Pozo Muncio. Esta técnica está indicada en la rehabilitación de lesiones de espalda, en los casos de esclerosis con placas, alteraciones del equilibrio, parálisis espástica, poliomielitis, hemiplejía, paraplejía, deficiencias incluso profundas, esclerodermia y en la rehabilitación de amputaciones, fracturas consolidadas, lesiones musculares y ciertas enfermedades reumatológicas. ▶

Los delfines no curan por sí solos, pero ayudan much

► Este tratamiento se realiza al paso, rara vez incluye el trote. Un caballo grande al paso transmite 110 impulsos por minuto tanto de avance, retroceso, elevación, descenso, desplazamiento lateral y rotación. Este gran caudal de movimientos desencadena respuestas motrices en el jinete, que ve estimulado su equilibrio.

Cualquier alteración en las piernas repercute en la pelvis y en la columna, lo que hace que todo el cuerpo se vea discapacitado, pero al montar a caballo, la columna del jinete no se ve condicionada por posturas nocivas de las piernas. "El caballo imprime a la cadera el mismo movimiento que realizamos al andar", precisa la fisioterapeuta Montserrat Álvarez.

Vínculos afectivos

Aunque los beneficios de la hípica terapéutica son difíciles de evaluar, Montserrat Álvarez asegura que se han visto logros muy claros: niños que han conseguido controlar la cabeza y el cuerpo, mantenerse en equilibrio, voltearse hacia arriba o hacia abajo sobre una colchoneta, incluso no cruzar las piernas cuando andan. "Cuanto más pequeños son los pacientes, más logros se consiguen", precisa la fisioterapeuta, que trabaja con niños de entre tres y dieciséis años. Los chavales montan a caballo, lo cepillan, le dan de comer, lo pasean, mantienen una interacción con el animal, que les ayuda a iniciarla con otras personas. "La autoestima de los niños con problemas motrices no muy graves crece porque comprue-

ban que no son los más torpes de su familia", cuenta Montserrat Álvarez.

El volteo terapéutico, otra de las terapias que se realizan con caballos, sirve para tratar a niños con psicosis, autismo y con problemas sensoriales. En esta técnica, el animal puede llegar a galopar con personas que padecen síndrome de Down, parálisis cerebral, autistas, depresivos, violentos, sordos, ciegos-sordos y ciegos de nacimiento. El jinete realiza una serie de ejercicios mientras el caballo anda. No se busca la perfección del

El volteo terapéutico, terapia hecha con caballos, trata a niños con psicosis y autismo

movimiento, sino que estire el brazo, coloque bien la cabeza o abra una mano espástica, manteniendo el equilibrio sobre el equino. "Buscamos la concentración sobre el caballo y debemos permitir al paciente que viva su viaje, mientras nosotros cuidamos de que no se descolee la pelvis, para que las vértebras de la columna mantengan la posición correcta y se incremente el tono muscular", afirma María Ernst. Los ponys, que se mueven más rápidamente por tener las patas más cortas, son los más apropiados para tratar a niños hiperactivos.

Frente a otras terapias tradicionales, el trabajo con animales se desarrolla al aire libre, en contacto con un ser afectuoso y sin prejuicios, que siempre responde del mismo modo a estímulos concretos y no desorienta a los enfermos psíquicos; no exigen y tampoco regañan. Con estas características, se convierten en el perfecto médico-amigo, capaz de conseguir que los pequeños cuenten

sus secretos y muestren las zonas más oscuras de su personalidad, les estimulan a realizar ejercicios corporales y los niños adquieren responsabilidad ante el cuidado de su mascota especialmente entrenada para ayudarles.

Tenerife, a la cabeza de Europa

España, junto con Estados Unidos y México, es uno de los países más avanzados en delfinoterapia. Profesionales de Tenerife llevan años trabajando con cuatro delfines hembras que acaban de ser madres: 'Squeak', 'Jaiza' (la más independiente), 'Cande' (superprotectora y líder del grupo) y 'Amy'. José Luis Barbero, director técnico del delfinario del parque acuático Octopus, que ha trabajado con más de 250 niños con problemas, rechaza la mitificación de estos cetáceos: "Por sí solos no pueden curar, pero ayudan muchísimo porque son animales extraordinarios, muy sociables e inteligentes". Sin embargo, está demostrado que el sónar de estos mamíferos emite 2.000 vatios, una energía suficiente para provocar cambios en las membranas celulares. El sonido que los delfines utilizan para descubrir los obstáculos en la distancia, se denomina ecolocalización y muchos científicos, como el doctor norteamericano David Nathanson, pionero en la delfinoterapia tratando a niños autistas y con síndrome de Down, en el Dolphin Research Centre de Florida (EEUU), le atribuye poderes curativos y telepáticos.

Fernando, autista profundo de quince años, se autolesionaba, mantenía una conducta agresiva y rebelde, no toleraba los cambios y los ataques de ansiedad no le permitían atravesar el parque acuático para llegar al delfinario. Hoy lo hace sin problemas y feliz; los delfines han conseguido que fije la atención, que no se angustie cuando va a sitios nuevos o llenos de gente. Ahora, permite que lo besen y acaricien y tras las sesiones está relajado, algo difícil de conseguir. Su pedagoga, Silvia Delgado, explica: "Gracias a estos animales, hemos abierto con Fernando vías de comunicación, consiguiendo



romper su aislamiento, y su psicomotricidad ha mejorado". Fernando no habla, pero comienza a utilizar los gestos que hace a los delfines para comunicarse con la gente y hasta sonríe cuando está entre sus cuatro cetáceos amigos. Los vídeos de sus juegos también consiguen que el niño se tranquilice en casa.



Crisly, un perro que se ha convertido en la mascota del centro de recuperación, con su cuidador.

Asimismo porque son animales sociables e inteligentes



La hora de la terapia.

De arriba a abajo: María, de ocho años; Ana, de 12 años; y Manuel, de nueve años.

ciación Delfín Mediterráneo de Cadaqués (Gerona), donde se practica. En su primera sesión, Jake ni miró a los cetáceos, pero en la tercera, nadó junto a ellos y les dio de comer.

La desconfianza y el temor también se apoderaron de Ana, una tinerfeña de 12 años con parálisis cerebral desde su nacimiento, en las primeras sesiones con estos animales. Tras dos años de terapia, esta actividad le proporciona felicidad y relajación. Ha dejado de arrancarse las uñas y comienza a reconocer las letras jugando con los cetáceos. "Lo que no hemos conseguido en mucho tiempo, lo hemos logrado con la delfinoterapia", asegura Edita Cabrera, madre de Ana.

Juegos contra las fobias

Angélica, autista de 18 años, rechaza el contacto físico, pero no el de los delfines; no fija su atención, pero sí mira a estos mamíferos. El objetivo en su caso, según explica su psicóloga, Milagros Prieto, es trabajar la afectividad a través del juego y eliminar fobias como la que le producían los perros. Para Silvia,


una joven de 22 años con síndrome de Down, la delfinoterapia es una recompensa a la labor que lleva a cabo en un taller ocupacional y a María, una chica de 20 años con personalidad esquizoide, llena de miedos e inseguridades, jugar con los delfines le refuerza la confianza en sí misma.

En el Colegio Nuestra Señora de la Esperanza, de Getafe (Madrid), dependiente de la Asociación de Padres de Niños Diferentes de la Comunidad de Madrid (Apanid), unos cincuenta pequeños y jóvenes se han beneficiado del contacto con 'Crisly', una perra cruce de podenco, de un año de edad. "La experiencia ha sido muy positiva trabajando con hiperactivos, autistas y niños con síndrome de Down", explica Juan Agudo, di-

rector general de los centros de Apanid. El primer tratamiento se llevó a cabo en 1994. Abraham, un niño sordo de seis años, abandonado por su familia cuando tenía quince días de vida, sufría rabieta sin motivos, se autolesionaba dándose golpes en la cabeza y pasaba el tiempo balanceándose sobre el suelo, sin relacionarse con nadie. Tras una terapia de más de un año con el perro de la psicóloga del centro, Alicia Rivas, y bajo la dirección del profesor Ridruejo, jefe del departamento de Psiquiatría de la facultad de Medicina de la Uni-

versidad Autónoma de Madrid, Abraham ha conseguido acercarse a las personas de su entorno, dar la mano a Luisa, una joven también minusválida, abrazarla y pasear con ella todas las tardes. Ha dejado de lesionarse y es amable con sus cuidadores y el personal del centro.

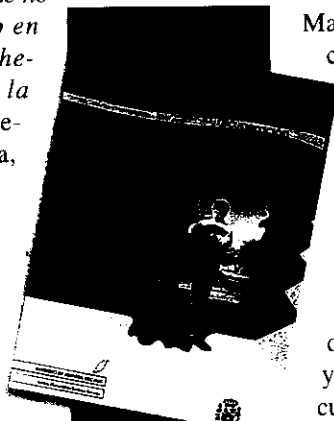
'Crisly' se ha convertido en la mascota del centro; proporciona afecto, compañía y juego a todos los alumnos y residentes, y participa en los recreos, actividades de grupo y terapias individuales. Los niños con problemas de conducta y de personalidad han tenido con 'Crisly' un comportamiento ejemplar.

Cristina Medina, pedagoga y maestra, y Carlos Vázquez, veterinario, trabajaron hace dos años con Marcelino, un joven de 20 años, deficiente autista, que se autolesionaba, se alteraba exageradamente ante cualquier pequeño cambio y era incapaz de fijar la mirada. Zía, una perra cariñosa y obediente de diez años ha conseguido no sólo tocar a Marcelino, sino que éste juegue al corro con otras personas, que sonría, se entretenga con un camión, saque a Zía de paseo, la bañe y hasta la seque con secador, cuando, anteriormente, el simple sonido de este pequeño electrodoméstico le hubiera provocado una crisis violenta. 

Manuel tiene nueve años y es un autista hiperactivo que está aprendiendo a hablar. "Antes era una bala -cuenta Cecilia, su madre-, no estaba nunca quieto, era incapaz de mantener la atención, lo que le impedía imitar y aprender, pero desde que está con los delfines, atiende órdenes, obedece cuando le llamas, ha aprendido

conceptos importantes: se viste solo, está más relajado".

Jake, un niño inglés de ocho años, y que padece el síndrome de Killian-Pallister, una trisomía de genes de la que hay muy pocos casos en el mundo, ha recorrido miles de kilómetros para realizar la delfinoterapia en Tenerife, el único centro en Europa, junto a la Aso-



Portada del libro "Autismo: hacia la recuperación afectivo-social a través de terapia asistida por animales".